

Identidad y discursos de nación en las revistas *Leonardo* (1903-1907) y *Faro* (1908-1909)* por *Rebeca Saavedra Arias*

Entre 1880 y 1890 nacieron la mayor parte de los hombres que compusieron la que en España se conoce como la Generación del 14 y su homóloga italiana, aunque, como veremos, en este segundo caso, no existe consenso a la hora de denominarlos. Entre los miembros de la generación española del 14 estaban Manuel Azaña, Ramón Pérez de Ayala, Eugenio D'Ors, Fernando de los Ríos, Blas Cabrera, Ramón Gómez de la Serna, Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal, Claudio Sánchez Albornoz, Pere Bosch Gimpera, Gregorio Marañón, Manuel de Falla, Pío del Río Hortega, José Moreno Villa y muchos otros, pero todos, de una u otra forma, bajo el influjo de quien fuera su guía indiscutible: José Ortega y Gasset¹. Fue éste quien en 1914 – el año en el que estalló la Gran Guerra, el conflicto que lo cambió todo – pronunció una conferencia, “Vieja y nueva política”, en la que ya quedó de manifiesto cual era uno de los principales objetivos de la nueva generación: transformar la vida pública española. Y es que, para 1914, el grado de madurez alcanzado por Ortega y sus colegas generacionales era, a pesar de su juventud, destacable. Un hecho que respondía, en parte, a su esmerada formación. Y, en parte, a la unidad de propósitos y a la existencia de una cierta coherencia grupal que ya se había traducido en la puesta en marcha y desarrollo de varias iniciativas intelectuales y políticas que les habían permitido fogeárselas y darse a conocer.

Por su parte, sus equivalentes italianos constituyeron un grupo más heterogéneo, con más aristas y vertientes que los españoles ya que, aunque compartían un mismo aliento generacional que les acabaría imprimiendo unidad, inicialmente éste se manifestó a través de empresas y posiciones más diversas. El mundo cultural de la Italia de principios de siglo si por algo se caracterizó fue por la variedad de propuestas y la cantidad de enfoques que dieron a sus iniciativas los diferentes grupos intelectuales y artísticos que los más jóvenes fueron conformando. No parece casual,

Rebeca Saavedra Arias, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (CSIC); rebeca.saavedra.arias@hotmail.es.

por tanto, que no existe una denominación genérica para definir a la generación intelectual nacida en torno a la década que transcurre entre 1880 y 1890. De hecho, las opciones son numerosas, como lo son las perspectivas y las características de las que se parte para agruparlos. Robert Wohl habla, por ejemplo, de generación italiana del 14, equiparándolos de esa forma a sus homólogos europeos y poniendo el acento en la Gran Guerra como vivencia existencial clave y, por tanto, la que les imprime cohesión². Mario Biondi, por su parte, se refiere a «generazione degli anni Ottanta» del siglo XIX, en lo que parece una clara alusión a la década en la que la mayoría de ellos nacieron³. Otros, como Emilio Gentile, hablan sobre todo «dei vociani», no tanto como una generación en el sentido en el que lo hace Wohl o la entiende Ortega y Gasset⁴ sino como un movimiento cultural alumbrado por el grupo de intelectuales, artistas y literatos que participaron en la publicación de *La Voce*, uno de los proyectos editoriales de mayor trascendencia en el ámbito de la cultura italiana de las primeras décadas del siglo XX⁵. Aunque esta sea posiblemente una de las denominaciones cuyo uso sea más extendido, en realidad, no se refiere *stricto sensu* a una generación determinada. Y, de hecho, el propio Giuseppe Prezzolini, el impulsor de la revista, explicaba que en *La Voce* habían confluido hombres de tres generaciones distintas. Por un lado, quienes tenían entre 38 y 50 años, a los que denomina «gli anziani» y entre los que situaba a Benedetto Croce, Luigi Einaudi o Giuseppe Lombardo-Radice. Por otro, la que consideraba su generación. Los que tenían más de 25 años y llevaban desde los 20 «dando batalla» en el *Leonardo*. Giovanni Papini, Ardengo Soffici, Giovanni Amendola o el mismo. Y una tercera con los más jóvenes, quienes contaban entre 18 y 25 años. Fernando Agnoletti, Luigi Ambrosini, Clemente Rebora o Camillo Sbarbaro⁶. Sin embargo, a mi juicio, estas dos últimas se solapan claramente tanto por edad como por planteamientos, empresas y experiencias vitales medulares y, en este sentido, conforman una sola generación intelectual junto con los miembros de otros grupos que, como los futuristas, si bien se enfrentaron abiertamente con alguno de «i vociani» también acabaron relacionándose y estrechando relaciones con otros⁷, lo que demuestra, hasta qué punto se tejió una urdimbre generacional a través de experiencias y relaciones y superando ideas y propuestas. Por otro lado, es algo que encaja, perfectamente, con el enfoque que se quiso dar a *La Voce* como revista de confluencia de varias tendencias, como también ha explicado su creador y han sabido ver quiénes la han analizado⁸.

Por eso, aunque no existe una forma unitaria de designarlos, parece claro que existió una generación de jóvenes italianos que, a pesar de

sus múltiples diferencias, contribuyeron globalmente a transformar y modernizar el panorama cultural italiano a través de las actividades que desarrollaron, como la publicación de revistas y periódicos (*Leonardo*, *Il Regno*, *Hermes*, *Il Marzocco*, *La Voce*, *Lacerba*, etc.), la organización de exposiciones (la primera de los impresionistas, las de los futuristas) o la difusión de corrientes de pensamiento extranjeras y, sobretodo, a través de su participación en los debates que todo ello generó que si bien, en ocasiones, derivaron en enfrentamientos directos en otras coadyuvaron a tender puentes y estrechar lazos⁹.

De la misma forma que no existe una única manera de nominar a esta generación tampoco parece existir un listado “canónico” de quienes la conforman, aunque de ella formarían parte, entre otros, Giovanni Papini, Giuseppe Prezzolini, Roberto Assagioli, Giovanni Costetti, Adolfo De Carolis (De Karolis), Mario Calderoni, Giovanni Amendola, Ardengo Soffici, Emilio Cecchi, Piero Jahier, Dino Campana, Clemente Rebora o Filippo Tommaso Marinetti si bien, dependiendo de los principios de los que se parta para categorizarla (cronológicos, ideológicos, programáticos, etc.) se pueden incluir diversos nombres. Por ejemplo, si nos fijamos más en el plano político que en el intelectual o el artístico, incluso, Benito Mussolini podría englobarse en ella por edad. La heterogeneidad es, por tanto, una de las características definitorias de este grupo de pensadores, poetas, pintores, periodistas y/o políticos que, aun siendo de tendencia muy variada, respondieron a un mismo contexto desde visiones y perspectivas vitales semejantes. En nuestro estudio nos centraremos específicamente en un grupo muy reducido de ellos, quienes formaron parte del proceso de creación y desarrollo de la revista *Leonardo*. «I vinciani», también llamados «i leonardiani»¹⁰, nuestros protagonistas, fueron quienes impulsaron una de las primeras empresas generacionales¹¹. Entre ellos, algunos, como Prezzolini, Papini, Cecchi, Angelo Cecconi o Amendola, también participaron después en la publicación de *La Voce*. Otros lo hicieron en *Hermes* o *Il Regno*. Esto los convierte, a la vez, en uno de los núcleos de origen y en uno de los ejes vertebradores de la generación.

Estos jóvenes, los intelectuales españoles e italianos del 14 – como los ha definido Robert Wohl –, compartieron unos horizontes generacionales semejantes y una actitud análoga ante la vida pero, como veremos, entendieron de distinta forma las necesidades nacionales y, en consecuencia, propusieron afrontar los problemas que aquejaban a España e Italia desde perspectivas y con objetivos diferentes. En buena medida, esto era el resultado de vivir experiencias históricas distintas pero también el reflejo de dos maneras diversas de concebir la nación y la identidad

nacional. En este trabajo voy a abordar, precisamente, el análisis de estos dos aspectos a partir de la revista italiana *Leonardo* (1903-1907) y la española *Faro* (1908-1909)¹².

La revista *Leonardo* fue la primera gran empresa de un grupo de jóvenes que, encabezados por Giovanni Papini y Giuseppe Prezzolini, buscaban despertar moralmente a Italia de su letargo¹³. En apariencia, *Faro* será planteada poco después de la desaparición del *Leonardo* de la misma forma; aunque, en realidad, la publicación florentina tenía un carácter menos político y más filosófico y cultural del que tendrá la española.

La comparación entre ellas es pertinente porque ambas experiencias editoriales responden a un mismo impulso generacional y, en este sentido, las similitudes hay que buscarlas más en los planteamientos generales y en el campo de las actitudes que en el de las adscripciones políticas e intelectuales de sus protagonistas. Eso no quiere decir que, en sus páginas, no se puedan rastrear enfoques y propuestas que, aunque con matices, muestren un cierto paralelismo entre ellos. Lo que sin duda les une es, por un lado, la precocidad de su actividad intelectual, su antipositivismo, la actitud crítica y su preocupación por los problemas nacionales. Por otro, la creencia de que su generación estaba destinada a poner en marcha la transformación moral de sus respectivos países¹⁴. Y, también, la idea de que una buena forma de impulsarla era a través de empresas editoriales de calidad, dirigidas a una élite culta destinada a cambiar las cosas¹⁵. Lo que les separa lo iremos desgranando a lo largo del texto.

El primer número de la revista *Leonardo*, publicado en Florencia el 4 de enero de 1903, se abría con un “Programma sintetico” en el que, por un lado, se presentaba al grupo de jóvenes que «desiderosi di liberazione, vogliosi d'universalità, anelanti ad una superiore vita intellettuale» habían fundado la revista y, por otro, se decía que su objetivo era «intensificare la propria esistenza, elevare il proprio pensiero, esaltare la propria arte»¹⁶. En el texto, muy breve, no se mencionaba a nadie más. El asunto parecía centrarse sólo en ellos. Sin embargo, en el *Discorso ai Vinciani*, auténtico manifiesto grupal, Papini ya dejaba claro que la revista se dirigiría a la juventud. El *Discorso* había sido redactado por el propio Papini unos meses antes de la aparición del *Leonardo*, en noviembre de 1902¹⁷. En sus páginas quedaba ya patente la intención de crear la revista y de dirigirla a la juventud. Con ello, Papini no se refería a una juventud física sino psicológica. A quienes se sentían jóvenes y tenían las ganas y el coraje – palabra talismán del autor – para cambiar las cosas¹⁸. En el “Programma” se definían también como paganos e individualistas en la vida y como personalistas e idealistas en el campo del pensamiento. Aspiraban, además,

tal y como decían, a la belleza como sugestiva figuración y revelación de una vida profunda y serena en el ámbito artístico. Ideas que, por otro lado, ya habían quedado también reflejadas en el *Discorso ai Vinciani*. En el primer artículo de la revista Papini, bajo el pseudónimo de Gian Falco, añadía que ellos (los jóvenes impulsores del *Leonardo*) aspiraban, ni más ni menos, que «all’Impero intellettuale di tutte l’essenze dell’universo» y lo hacía al hilo de una crítica a las corrientes imperialistas italianas, con las que, sin embargo, decía compartir el rechazo a la democracia y a la burguesía¹⁹. Emilio Gentile en su obra *La grande Italia* presenta a los jóvenes intelectuales reunidos en torno a la revista *La Voce*, empresa editorial dirigida por Prezzolini y en la que, como hemos visto, participaron algunos de «i vinciani», como la alternativa nacionalista a quienes, a principios del siglo XX, defendían la necesidad de difundir un nacionalismo italiano de corte imperialista. Gentile los propone como representantes de un nacionalismo distinto, de carácter humanista²⁰. Una forma de definirlos bastante clarificadora puesto que, a la pretensión, ciertamente ambiciosa, que Papini exponía en ese primer artículo del *Leonardo* hay que conectar el que será uno de los grandes objetivos impulsados por el grupo liderado por él mismo y Prezzolini: convertir a Italia en guía espiritual del mundo²¹.

Etiquetar «ai vinciani» es, no obstante, una cuestión complicada. Especialmente, porque este grupo de cuyo núcleo rector saldrá *La Voce* está ahora, sin embargo, en pleno proceso de formación, experimentación y crecimiento. Sus críticos les acusaban de ser contradictorios y ellos mismos lo reconocían; incluso, se mostraban orgullosos de ello²². También de su iconoclastia²³. Su evolución, como la de la revista y el grupo, fue, además, continua; aunque sí hubo ideas, actitudes y temáticas que se mantuvieron prácticamente invariables durante toda la publicación. Por ejemplo, la apelación a los jóvenes, a los que instaron permanentemente a actuar y a romper con las normas establecidas²⁴; la crítica al positivismo, a la Universidad italiana y a la democracia; su desdén por las clases bajas y su oposición al movimiento obrero; su vitalismo, su actitud rebelde e irreverente o la ironía de sus escritos. En su *Discorso ai Vinciani* Papini decía:

Contro gli uomini del passato, che cercano di ridare una pallida e interiore vita al reame delle cose scomparse, contro gli uomini del presente che per desiderio di vita si agitano nella parte più volgare e bestiale di essa, noi saremo dunque gli uomini del futuro, liberi e signori, padroni di noi stessi e degli altri, custodi e proprietari dei morti, amanti delle vecchie visioni e immaginatori di più nuove e più grandi.

[...] Contro gli adoratori della forza bestiale, della carnalità primitiva, della forma tangibile e della pura vita esteriore noi siamo e ci proclamiamo intellettuali. Se aristocrazia significa il fiore della razza così noi siamo veramente e profondamente aristocratici prediligendo le cose dello spirito che sono il fiore dell'umanità²⁵.

Estos dos párrafos recogían bastante bien su esencia. Por un lado, señalaban lo que eran: intelectuales. Por otro, se situaban socialmente entre la aristocracia. Y, además, mencionaban lo que aspiraban a ser: los hombres del futuro. Con la carga de protagonismo que eso suponía²⁶. Esas premisas no se tradujeron, no obstante, en una empresa cohesionada y en una coherencia discursiva. El mismo Prezzolini escribió que les unían más las cosas que odiaban que la existencia de unos fines comunes²⁷; quizás, por eso, el grupo inicial de colaboradores fue poco a poco separándose²⁸. Empero, a pesar de las rupturas, el grupo no se disgregaría por completo. Algunos *dei vinciani* participaron también en *La Voce*, como se ha indicado previamente. Junto a Prezzolini, director de esta segunda publicación, escribiría, entre otros, Papini; aunque en su caso, no sin ciertas suspicacias con respecto a los planteamientos de la nueva revista que, dirigida a un público más amplio, no se centraba en la promoción de una minoría culta destinada a cambiar las cosas si no que, menos abstracta y más concreta, se enfocaba, con una fuerte impronta pedagógica y moral, a la mejora general de los niveles culturales de los italianos como una vía para solucionar los problemas de país²⁹. Algo que, sin duda, se alejaba de los presupuestos defendidos por Papini durante la etapa del *Leonardo* y significaba un distanciamiento entre éste y Prezzolini, cada vez más cercano a las ideas defendidas por Benedetto Croce³⁰. La relación entre Croce y Papini siempre había sido de naturaleza más tensa que con Prezzolini. Con todo, Papini y Croce habían mantenido correspondencia varios años e, incluso, habían colaborado en algunos proyectos editoriales. Sin embargo, las continuas polémicas entre ambos fueron provocando un alejamiento progresivo que, finalmente, no pudo ser salvado³¹. Por el contrario, Prezzolini se mostró más receptivo a las críticas de Croce y, con el tiempo, aquella actitud favoreció su acercamiento³².

Por su parte, *Faro* fue una revista de carácter semanal puesta en marcha en 1908 por José Ortega y Gasset; que, recién llegado de Alemania, volvía a casa para ponerse al frente del cambio. Dispuesto a luchar para impulsar la transformación de España³³. Con una extensión que varió entre las 12 y las 16 páginas con composición a cuatro columnas, la revista se considera una de las primeras empresas generacionales del 14³⁴. En primer lugar porque dio voz a varios de sus miembros – Ramón Pérez de Ayala, Edmundo

González Blanco o José Castillejo fueron colaboradores – y, en segundo, porque en ella ya se evidencian muchas de las ideas y discursos que, a la larga, les darían coherencia grupal, como la crítica al sistema político de la Restauración, la reforma liberal, la batalla por modernizar España europeizando el panorama científico y cultural o el carácter pedagógico de muchos de sus escritos³⁵. No obstante, cabe señalar que en *Faro* no sólo escribieron los jóvenes del 14 sino también personajes ya consagrados en sus respectivas disciplinas como Miguel de Unamuno o Adolfo Posada, a los que Ortega quiso personalmente incorporar³⁶.

La revista que comenzaba con un sumario de contenidos y finalizaba con una página de publicidad se componía de artículos de opinión y de una serie de secciones fijas en las que se abordaban temas científicos, culturales, políticos, sociales y económicos. La variedad temática y la calidad de los trabajos publicados fueron significativas y nos ofrecen una rica perspectiva de las preocupaciones generacionales y, a su vez, de su manera de entender la forma de afrontar los problemas nacionales. Por otro lado, el hecho de que a ella pudieran subscribirse tanto desde España como desde América Latina es indicativo no sólo de dónde consideraba la dirección que podían estar sus potenciales lectores sino también un signo más de la existencia de un sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional cuya idiosincrasia se cimentaba, en parte, fuera de los estrictos límites de su actual realidad geográfica³⁷.

En el primer artículo de la revista “Razón de vida” Manuel Troyano, editorialista de *El Imparcial* que ayudará a Ortega con los contenidos³⁸, hacía referencia a la situación de España, a la nueva generación y a los objetivos que se esperaban lograr con la publicación. El autor presentaba *Faro* como una vía para ejercitarse el intelecto y como un medio para sacar al país de la «pereza cerebral» en la que se encontraba. Una labor esencial ya que consideraba que el problema moral estaba en el fondo de todas las demás cuestiones. Troyano se dirigía sobre todo a la juventud intelectual del país que era, a su juicio, la que estaba más obligada a participar en ese proceso. *Faro* debía ser para ella un vehículo para conocer las nuevas corrientes de pensamiento y cultura y, al mismo tiempo, un lugar donde cultivarlas. De esta forma, la revista nacía como un instrumento de vigorización del país a través de la juventud, en un momento al que Troyano se refería como «de reconstrucción nacional»³⁹. Y en este aspecto hay un claro paralelismo con los fines para los que se había creado el *Leonardo*.

La aparición tanto del *Leonardo* primero como de *Faro* después respondía a la preocupación de sus creadores por el estado en el que se

encontraban sus respectivos países. Robert Wohl señaló en su estudio sobre la generación europea del 14 que una de las características que definía a sus jóvenes miembros era que compartían la idea de que sus naciones estaban en decadencia⁴⁰. Esta sensación quedó reflejada tanto en las páginas del *Leonardo* como en las de *Faro* y, sin embargo, los momentos históricos por los que atravesaba España e Italia eran distintos, como diversos estudios han señalado⁴¹. Mientras España estaba inmersa en un proceso de introspección y adaptación de la nación tras la pérdida de las últimas grandes colonias ultramarinas, en 1898, y, por tanto, redefiniéndose política, económica e identitariamente tras haber dejado de ser una potencia colonial. Una Italia recién unificada trataba aún de ajustar todas las piezas de su engranaje estructural e institucional con el objetivo de consolidar la unificación nacional y lograr proyectarse en el exterior superando lo que se percibía como una posición internacional marginal, especialmente a partir de su fracasada campaña colonial en Abisinia. Por eso, esta percepción sobre la decadencia de sus respectivas naciones que tenían no sólo italianos y españoles sino también los miembros franceses, alemanes o ingleses del 14 no sólo puede explicarse atendiendo a las estrictas realidades históricas si no, más bien, situando la experiencia intelectual de estos jóvenes en el marco de una serie de procesos que, como la crisis de los grandes paradigmas científicos del siglo XIX, la formulación de teorías en torno a las minorías selectas o la aversión generada por el avance del movimiento obrero, contribuyeron a construir un horizonte generacional común que condicionó la forma de mirar y analizar los problemas y la identidad nacional a través de un prisma especialmente crítico y decadente⁴².

Desde la redacción del *Leonardo* no se abordaron directamente ni la cuestión nacional ni los aspectos de carácter identitario. Empero, a partir de numerosos comentarios en las páginas de la revista quedaba implícito un interés y una preocupación reales por cuestiones relacionadas con ambos. De hecho, aunque el *Leonardo* no fue una revista de carácter político, si destilaba cierto tono nacionalista. Algo que, por otro lado, es perfectamente coherente si tenemos en cuenta que, a finales de 1903, su impulsor y uno de sus dos directores, Giovanni Papini, fue nombrado redactor jefe de *Il Regno* y, el otro, Giuseppe Prezzolini fue colaborador asiduo en sus páginas⁴³. Esta imbricación entre las plumas de ambas publicaciones se explica porque, tal y como ha expuesto Emilio Gentile, en su etapa primigenia, es decir, entre 1903 y 1910 (año en el que se celebró un primer congreso nacionalistas destinado a dotar al movimiento de una definición ideológica clara, fundar una asociación y elaborar un programa común), en el nacionalismo italiano convergieron diversas corrientes

culturales y políticas que no siempre compartían los mismos enfoques ni objetivos pero que encontraron la forma de colaborar, precisamente, por la propia indefinición del nacionalismo⁴⁴. Prezzolini lo deja patente cuando explica porque Enrico Corradini, el fundador de *Il Regno*, había elegido a Papini para dirigirlo al señalar que

Nel programma antisocialista e un po' nicciano il Corradini fiutò una certa affinità di sentimenti politici e provò il desiderio di superare le differenze che il Papini aveva nei suoi primi articoli messe in evidenza fra l'imperialismo materialistico del Corradini, del Morasso, dell'Occhini e quello spirituale del *Leonardo*, chiamandolo al posto di redattore-capo di quella che rimase poi nella storia della politica la «prima rivista nacionalista italiana»⁴⁵.

Una revista que, según Gentile, se caracterizó por su espíritu armamentista, su rechazo al humanitarismo y su aversión a la política social *giolittiana*, al movimiento socialista y a la decadencia de la burguesía como clase dirigente⁴⁶. De hecho, el historiador italiano apunta que:

Il fondatore della rivista ed i suoi stretti collaboratori, Giovanni Papini e Giuseppe Prezzolini, lanciavano un appello per raccogliere tutti i borghesi avviliti dalla situazione nazionale del momento, ma disposti ad opporsi al sopravvento delle masse popolari, per restituire alla borghesia il suo vigore e la sua autorità con una aperta politica reazionaria ed antisocialista⁴⁷.

No obstante, como hemos apuntado, mientras en *Il Regno* este tipo de temas fueron tratados habitualmente, en el *Leonardo*, la revista que aquí se analiza, sólo aparecen en algunos escritos de manera tangencial⁴⁸. Como sí se hubiese hecho una división clara entre la revista política y la filosófica-literaria. Se podría hacer una salvedad con «La cultura e la vita italiana» aunque, en realidad, el pasaje era la introducción al libro que Papini y Prezzolini publicaron en 1906 bajo el título *La Cultura italiana* y no un texto escrito específicamente para el *Leonardo*⁴⁹. El hecho de que estos asuntos constituyan argumentos secundarios de un tema principal dificulta no sólo su localización sino también su comprensión sólo a partir de la lectura del *Leonardo* algo que, además, viene agravado por la falta de matices y por las continuas contradicciones a la hora de tratar conceptos clave como los de raza o identidad. Así, por ejemplo, en el primer número de la revista Papini dice que en función de la raza el imperialismo ha tomado posiciones y denominaciones diversas: práctico y realista en el mundo anglosajón, teórico y destructor en Alemania y literario y estético en Italia. Si analizamos este discurso vemos como equipara el mundo

anglosajón, un concepto amplio, con Alemania e Italia, dos realidades nacionales lo que, sin duda, nos hace preguntarnos cuál era su concepto de raza o si tenía uno determinado. Sin embargo, acto seguido Papini habla de las tres grandes razas occidentales (la anglosajona, la germana y la latina) en unos términos que tienen más coherencia y que encajan mejor con la forma en la que en la época se hablaba de raza o civilización⁵⁰. Esta falta de precisión era, no obstante, un reflejo de la época, puesto que, en realidad, en aquel período no se hacía una diferenciación tan matizada como en la actualidad sobre conceptos como patria, país y nación o raza y civilización. Por otra parte, en la Italia liberal, salvo casos aislados, se entendía que la nación era una realidad histórica, espiritual y cultural en cuya definición prevalecía el elemento humanístico sobre cualquier aspecto de tipo natural. Eso significaba que ningún factor natural, geográfico o étnico podía constituir el eje que la definiése⁵¹. Por eso no es de extrañar que, en el penúltimo número de la publicación, el que corresponde al período abril-junio de 1907, el joven escritor y periodista boloñés Mario Missiroli hiciese una crítica a las teorías antropológicas que defendían la clasificación de las razas (léase civilizaciones, pueblos) en función de unos rasgos biológicos que, según sus defensores, determinaban su grado de evolución sociocultural⁵². Su argumentación denotaba una idea más clara del concepto de raza y un mayor conocimiento de las teorías y los debates que entorno a él había⁵³ y, a su vez, se ajustaba perfectamente a esa visión de la nación prevalente en la Italia liberal. Sin embargo, es difícil saber hasta qué punto esa manera de pensar y cuestionar la relación entre nación, raza y desarrollo era compartida, en ese momento, por el resto de los colaboradores de la revista. Sobre todo, sí Papini, su director, tenía una idea clara sobre el tema. Una incertidumbre que no representa un caso único para el lector. Como se irá viendo, la pluralidad de ideas y formulaciones, incluso entorno a una misma cuestión, fue una de las características más destacadas del *Leonardo*. De hecho, se podría decir que, por momentos, en sus páginas se creó una especie de realidad multiforme llena de contradicciones y a la vez de paralelismos. Con todo, como ya se ha mencionado, sí hubo temas y discursos que se repitieron de manera bastante homogénea a lo largo de toda la publicación. Un caso claro es la mencionada teoría de la decadencia moral de Italia.

La idea de decadencia aparecía ya, aunque en segundo plano, en el primer número de la revista. Augusto Mussini, pintor y crítico de arte originario de Reggio Emilia pero, por aquel entonces, afincado en Florencia, con seudónimo Augustus, reflexionaba sobre el glorioso pasado de Roma, Florencia y Venecia para advertir de su falta de vitalidad actual,

de su decadencia, del peligro de que esas ciudades antes llenas de vida se convirtiesen ahora en ciudades muertas⁵⁴. El artículo no era una loa al pasado sino una crítica abierta al presente puesto que para «i vinciani» el pasado estaba muerto y de él sólo debían extraerse aquellos elementos que pudieran ser útiles para el mundo actual. Esta idea quedaba ya de manifiesto en el *Discorso ai Vinciani* donde Papini hacía un alegato en contra de la restauración sistemática de todos los vestigios del pasado. A su juicio, esto sólo era una muestra de pobreza y esterilidad creativa y señalaba que los auténticos genios no sufrían con la destrucción de las cosas porque conocían las vías de la creación. Sentenciaba el argumento diciendo que «la potenza dell'uomo si rivela più nel creare che nel conservare, nel distruggere che nel venerare»⁵⁵. Italia como los grandes creadores no tenía que dolerse de las pérdidas del pasado sino que debía revitalizarse y comenzar a crear arte, filosofía y literatura nueva y original. Sólo así se lograría erigir como guía moral del mundo que era, como hemos visto, el objetivo de Papini y sus compañeros. La violencia de estas ideas era también un rasgo de la época. Los elementos de ruptura se multiplicaron durante el período. No por casualidad, el *Manifiesto futurista* propugnaría, poco tiempo después, la necesidad de destruir museos y bibliotecas como paso previo para crear un mundo nuevo⁵⁶. Propuestas que, en ambos casos, enlazaban con el deseo de que Italia dejase de ser apreciada por los extranjeros por sus glorias pasadas y empezase a ser valorada por sus logros presentes y sus perspectivas de futuro⁵⁷.

La cuestión de la decadencia afectó de manera genérica a las concepciones artísticas, literarias, filosóficas e históricas del período y fue clave en la transformación que experimentaron todas estas disciplinas a principios del siglo XX. Un hecho esencial para entender por qué «i vinciani» consideraban el arte, la filosofía o la literatura como elementos donde apoyar la reconstrucción moral del país pero no como ejemplos que tuvieran que ser reproducidos o conservados por el simple hecho de constituir vestigios del pasado nacional. Una idea que, a su vez, ayuda a explicar por qué en las páginas del *Leonardo* es difícil encontrar una exaltación vacua del pasado, del arte o de la literatura italiana. No obstante, eso tampoco significa que renunciasen a ello. En las primeras páginas de la revista el pintor, teórico y crítico de arte Adolfo de Karolis y el escritor Ernesto Macinai proponían, respectivamente, la vuelta al arte antiguo (a los modelos italianos tradicionales) como base para hacer un arte nuevo y la recuperación de autores clásicos como fuente de inspiración literaria⁵⁸. La idea tenía, por tanto, unas connotaciones prácticas y una utilidad para los italianos del presente, no consistía en una mera recuperación simbólica

y laudatoria. Sin embargo, como se ha indicado antes, no parece que ésta haya sido una característica solo suya ya que, salvo en el caso de *Il Regno* que se anticipó en el culto al mito de Roma, habrá que esperar varios años para que desde los sectores nacionalistas italianos – entre los que han sido clasificados «i vinciani»⁵⁹ – se inicie la recuperación del pasado y, con ello, la exaltación del imperialismo romano⁶⁰.

Para quienes participaron en la aventura del *Leonardo Italia* tenía un problema y éste estaba irremediablemente asociado al estado de su cultura. En 1905 Papini y Prezzolini publicaron en la revista la ya mencionada introducción de *La Cultura italiana*. Su objetivo era reaccionar contra la «mísera» vida de la cultura nacional que era, en su opinión, la mayor lacra del país. Por eso, estaban convencidos de que de su desarrollo dependería el papel que Italia ocuparía en el concierto internacional. Panini, autor de este primer texto, comenzaba cuestionando la existencia de una cultura italiana con vida y fisionomía propia, para luego asegurar que dicha cultura – tuviera entidad propia o no – iba mal. Reprochaba a sus predecesores, la generación postunitaria, que se hubieran centrado sólo en desarrollar política y económicamente el país cuando, en realidad, era la cultura el único elemento que podía hacer destacar a Italia entre el resto de las naciones. En una crítica abierta a los gobiernos de los últimos tiempos les acusaba de ocuparse estrictamente de los proyectos y expresiones culturales que emanaban de su administración, descuidando las manifestaciones culturales que nacían y se desarrollaban al margen. Argüía que ese monopolio estatal de la cultura había impedido la aparición de una clase culta intermedia que habría resultado vital para los intereses del país.

Papini retrocedía en el pasado para justificar su visión y aseguraba que desde el Renacimiento hasta los primeros años del siglo XIX el «alma Italia» no había contribuido a la vida en el mundo. De esta teoría, más allá de las interpretaciones que sobre su significado se puedan hacer, se infiere la idea de que Italia existía como entidad nacional antes de la unificación. Algo que también se deduce de otras afirmaciones de este tipo, como la que sentenciaba que a la llegada de Napoleón había sido necesario reconstruirla⁶¹. Lo más complicado, en este caso, es precisar qué características asociaba él a esa nación o a qué momento retrotraía su existencia porque, al menos en la revista, apenas desarrolla el argumento. Lo que sí hizo, no obstante, fue precisar que lo primero que se recuperó fue la vida política y, con ella, el ideal unitario y, después, la economía. Algo que, en parte, era cierto ya que, a pesar de las tensiones y la dificultad, no sólo se había logrado asentar el nuevo régimen político sino también impulsar

notablemente la economía nacional⁶². Ahora, apuntaba, era el momento de iniciar la resurrección intelectual: «L’Italia ha pensato a rendersi libera e ricca e ora deve pensare a diventare sapiente. Bisogna che dia un fine e un coronamento alla sua libertà e alla sua prosperità». Para conseguir este fin se tenía que absorber todo el saber desarrollado en el extranjero en los últimos dos o tres siglos. Un esfuerzo que, a su juicio, aún consumía las fuerzas de Italia y que, a veces, se ralentizaba por falta de decisión. El país debía dejar atrás su pasado glorioso y tomar el pulso a los nuevos tiempos si quería ser capaz de crear una cultura vasta, libre y original⁶³.

En línea con estos argumentos, en un artículo del mismo número, sostenía que si Italia deseaba acabar con los males de la cultura necesitaba ejercer un mayor control sobre las nuevas ideas y más iniciativa individual. Y remarcaba que sí lograba hacer resurgir la cultura sería gracias a la iniciativa de unos pocos pero no a la puesta en marcha de políticas destinadas, por ejemplo, a reducir el analfabetismo⁶⁴. Reflexión abierta que dejaba a la vista el desprecio que sentía Papini por obreros y campesinos y por el sistema educativo estatal⁶⁵. Algo que, por otro lado, quedaba continuamente patente en sus escritos; del mismo modo que su talante antidemocrático y su defensa de que fuese una minoría burguesa regenerada quien dirigiese los destinos del país⁶⁶. Desde la revista lo que se proponía para lograr el «rinnovamento spirituale dell’Italia» era impulsar una cultura alternativa a la oficial, creando editoriales “libres” (como la suya) o traduciendo obras⁶⁷ porque, a pesar de mostrarse cautos respecto a la absorción despreocupada de nuevas ideas, quienes formaron el núcleo del *Leonardo* demostraron tener un gran interés no sólo por estar al día sino también por conocer las más importantes corrientes de pensamiento y creación artística, independientemente de su origen y de su cronología. Uno de esos puntos de clara confluencia con los hombres españoles del 14; quienes, a pesar de la manifiesta influencia francesa y alemana, construyeron sus ideas sobre la lectura de las grandes obras de la ciencia y la cultura internacional⁶⁸. En el *Leonardo* esto quedó patente no sólo en la internalización de la temática de sus contenidos sino también en la de sus colaboradores ocasionales, entre los que estuvieron William James, Søren Kierkegaard o Miguel de Unamuno. Así como en el éxito que logró la revista fuera de las fronteras italianas, tal y como queda reflejado en la transcripción de cartas y comentarios hechos entorno a la publicación en todo el mundo, especialmente en la sección “Palle al balzo”.

Volviendo al tema que nos ocupaba. A finales de 1906, dos años después de hacer aquellas afirmaciones sobre los males de la cultura italiana, Papini sostenía que Italia «non ha più un’idea fissa nazionale e non

è capace a farsene una o politica o intellettuale». Unas palabras que, en mi opinión, aludían a la creencia de que no existía un proyecto definido, capaz de aglutinar a la nación, de dotarla de sentido y de darle unos objetivos comunes. Él soñaba con que Italia se convirtiese en el laboratorio de una nueva civilización donde los valores del cuerpo y del mundo exterior fueran sustituidos por los del alma y el mundo interior; que Italia trabajase para convertirse en el centro espiritual del mundo⁶⁹. Él imaginaba una Italia dirigida por una minoría sociocultural preocupada por solucionar los problemas internos del país. Nada de democracia. Ninguna necesidad de una sociedad más igualitaria. Fuera asuntos externos. Ese era su proyecto de nación para Italia⁷⁰. Un proyecto de claros tintes elitistas y futrocéntricos.

Giuseppe Prezzolini, la otra gran figura de la revista, planteaba una visión de Italia y un discurso de nación, o más bien de la no existencia de la nación, distinto al que proponía Papini. Y lo hacía en el último número de la publicación, cuando el alejamiento entre ambos era ya indudable. En un breve artículo dedicado a la figura de Garibaldi y su tiempo, Prezzolini afirmaba primero que Mazzini, como ellos (y se refiere fundamentalmente a él y a Papini) entendía la patria como un dominio espiritual. Después, ponía en entredicho el papel de Garibaldi como héroe de la unificación. Y, seguidamente, señalaba que, bajo su punto de vista, Italia se había unificado antes de ser una nación. Sostenía que el *Risorgimento* se había producido antes de tiempo y que previamente a haberse unificado y dado un Estado habría sido conveniente rehacer el alma nacional. El discurso era contradictorio, al menos en parte. Se decía que la nación no existía pero, sin embargo, se afirmaba que su alma debería haber sido rehecha antes que la construcción del Estado unitario. Esto implica que, de alguna forma, Prezzolini creía en la existencia de una entidad, llámesela alma y no nación si se quiere, sobre la que se había construido Italia como realidad geográfica y política unificada. Lo que vuelve a poner el problema en el ámbito de la conceptualización.

Por otra parte, pensaba que, en el campo espiritual (cultural), la unificación no había resultado tan provechosa como habría cabido esperar. Y, en un canto al localismo, aseguraba que una Italia dividida en Estados no habría sufrido tanto en ese ámbito como lo había hecho tras la unidad. Por eso, sentenciaba: «L'Italia nuova ha avuto Verdi e Ardigò – e tanto basta per condannarla per sempre». Distinto era el caso de Alemania que, como señalaba, se había unificado precisamente porque ya era grande espiritualmente y no porque aspiraba a serlo⁷¹. Este no era el caso de Italia y, en este punto, su argumento coincidía con el de Papini que, como ya hemos visto, había hecho una crítica sistemática de los siglos precedentes.

Cabe señalar también que Prezzolini no consideraba el origen étnico-lingüístico de la nación. En este sentido, no hablaba de ella como una comunidad natural, ni defendía la existencia de unas costumbres y una lengua homogénea. Es más, en realidad, apelaba a las virtudes del regionalismo como base sobre la construir una identidad nacional rica y, de hecho, durante su etapa como director de *La Voce* trató de contar con colaboradores de todas las regiones del país⁷². Además, no sólo negaba que el italiano condensase la esencia de la “italianidad” sino que se posicionaba en contra de quienes pensaban que la homogeneidad lingüística había sido y era vital para la unidad nacional. Para él, la lengua era un reflejo de la sociedad que la hablaba, que la creaba y le daba forma y no al revés. Por eso, creía que, mientras Italia solo tuviera que ofrecer al mundo su actividad económica y comercial, los extranjeros seguirían requiriendo emigrantes pero no aprenderían italiano⁷³. Una postura, la de la lengua, radicalmente distinta a la que se defenderá desde *Faro*.

En las páginas de la revista se hablaba, con todo, de italianidad. De lo que parece la esencia del ser italiano. De una identidad si cabe. Pero la verdad es que ni Prezzolini ni Papini explicaron a qué se referían exactamente cuando hacían alusión a ella en sus artículos. En marzo de 1904, en un breve texto de la ya mencionada sección “Palle al balzo”, se afirmaba categóricamente que el *Leonardo* estaba completamente al margen de la tradición de la raza que, según el anónimo autor, no gustaba ni del amor por las ideas generales ni por la gnoseología, la ironía y la lirica satírica, precisamente lo que a ellos les definía. Se añadía, además, que, incluso cuando podían ser considerados nacionalistas, su posición se encontraba fuera de la tradición italiana porque exaltar a la patria no era algo que la caracterizase y se aseguraba que si, en ese momento, en Italia se enaltecía era como consecuencia del imperialismo extranjero y no de su propia idiosincrasia. Estando así las cosas, quien escribía decía que el grupo estaba más acorde con lo nórdico, lo alemán, lo inglés y lo romántico que con lo italiano y que sus miembros estaban más cerca del *Sturm und Drang* que del Renacimiento, que amaban más a Shakespeare que a Homero, que preferían el *Fausto* a Petrarca o que su idealismo era más de origen anglosajón o berkeleyano que platónico o ficiológico⁷⁴. Se jactaban, por tanto, de ser poco «italianos». Como sí el serlo conllevara implícita una serie de connotaciones negativas. Una sensación que, en este caso, si tiene un claro paralelismo en *Faro*.

Dos años después, en febrero de 1906, Papini no dudaba en afirmar, sin embargo, que Italia era un país castrado porque prefería las tacitas de *Sèvres* – en clara alusión a Francia – a los colosos de Miguel Ángel⁷⁵. Se podría

pensar que el argumento implicaba un cambio de visión de lo italiano. Sin embargo, lo que criticaba Papini era que los italianos prefiriesen lo francés a lo suyo propio y aquí entraríamos en un argumento totalmente diferente, es decir, si Francia representaba para ellos un modelo a seguir. De hecho, ese mismo año, Prezzolini incidirá en relacionar lo italiano, en este caso, concretamente a los italianos, con algo negativo. Lo hacía en un artículo en el que analizaba el libro que Benedetto Croce había dedicado a Hegel al concluir que

[...] la Germania come terra classica dei filosofi è finita, e come non c'è più ragione d'andare ad Atene per conoscere Platone, così non c'è bisogno d'andare a Heidelberg per conoscere Hegel. L'Italia ha ora degli italiani più tedeschi dei tedeschi, più inglesi degli inglesi, più francesi dei francesi. Purtroppo ha ancora degli italiani...⁷⁶.

Llegados a este punto, cabría preguntarse si, en realidad, lo que estaban haciendo Papini y Prezzolini con este tipo de reflexiones era posicionarse contra la política de nacionalización del Estado postunitario. Si esta era su forma de rechazar los símbolos, mitos e imágenes sobre los que se estaba construyendo la identidad nacional desde los organismos oficiales (escuela, ejército, conmemoraciones, etc). Y todo parece indicar que sí puesto que en sus escritos se esbozaba una manera de ser y entender lo italiano diferente a la que se proponía desde el Estado⁷⁷. Una identidad pensada más como un proyecto que como una realidad inherente al pueblo italiano. En este sentido, al entender que la transformación de los italianos, tal y como ellos la anhelaban, no había sido realizada aún, cuestionaban la capacidad del Estado para formar un nuevo tipo. Una preocupación que, sin embargo, había vertebrado, junto a la necesidad de nacionalizar a sus ciudadanos, el diseño del sistema educativo postunitario. Y es que el interés por cambiar el carácter de los italianos no era algo exclusivo «dei vinciani» sino que se inscribía en el marco de la negativa percepción que, tradicionalmente, éstos tenían de sí mismos y en el coro de voces que llevaban décadas clamando en pro de la necesaria regeneración de su carácter⁷⁸. En este contexto, la propuesta de los redactores del *Leonardo* consistía en que la nueva identidad tenía que conformarse desde dentro, pero sin perder de vista lo de fuera⁷⁹. Quizás, por esta razón, finalizada la aventura del *Leonardo*, Papini y Soffici se dedicaron a traducir libros italianos antiguos, especialmente toscanos (Boccacio o Foscolo), con el doble objetivo de extraer, por una parte, aquellos elementos genuinamente italianos reflejados en sus páginas y, por otra, la elaboración de un cierto

canon literario que guiase a los jóvenes en sus lecturas. Es más, en su búsqueda de esa “italianidad práctica”, trataron también de liberar la lengua de términos extranjerizantes, especialmente, franceses⁸⁰. Una empresa lingüístico-literaria que, por otro lado, era muy acorde con otras experiencias generacionales de la época y pienso, sobretodo, en la importancia que a estos temas dieron los jóvenes intelectuales latinoamericanos que, hijos de naciones de reciente creación, como los italianos, se empeñaron en encontrar las raíces de su identidad nacional a través de la historia pero también de los estudios literarios y lingüísticos⁸¹.

Asimismo, en los escritos *leonardianos* se apunta a que la nacionalidad oficial de un sujeto, es decir, el vínculo jurídico que le vincula generalmente por nacimiento a un Estado, no tenía por qué coincidir con su identidad nacional. En este sentido, Prezzolini defendía que lo que determinaba la manera de pensar de un filósofo era su propia psicología y no la pertenencia a una determinada raza, entendida aquí como nación. Esta idea – que encaja con lo expuesto en el texto anteriormente citado –, en la práctica, significaba que un alemán podía ser en realidad considerado más francés que alemán y viceversa⁸². De esto se deducirían dos cosas: por un lado, que su concepto de raza/nación no descansaba ni sobre cuestiones biológicas ni esencialista y, por otro, que tampoco esas categorías estaban claramente delimitadas en su pensamiento.

En línea con lo anterior, Papini sostenía que ser italiano o alemán no era un hecho histórico o geográfico sino un verdadero concepto. Un concepto, además, de tipo personal. Motivo por el cual encontraba alemanes nacidos en Italia y franceses nacidos en Alemania⁸³. Por eso, defendía que clasificar a un hombre en función de su lugar de origen no era objetivo, ya que lo que le definía no era eso. Sin embargo, en sus textos si se asociaban determinados rasgos a los franceses, alemanes, etc. Unos rasgos que en conjunto los diferencian de otras realidades nacionales. De ahí que tanto él como Prezzolini concluyeran que una persona podía ser francesa, alemana o inglesa de acuerdo a su forma de pensar y actuar y no a su adscripción nacional real. Por tanto, aunque todo parece apuntar a que creían en la existencia de una identidad nacional que, de alguna forma, distinguía a todos los miembros de una sociedad no consideraban que esa identidad estuviera invariablemente vinculada al lugar de nacimiento sino que pensaban que el peso de las características individuales primaba sobre cualquier tipo de determinismo colectivo.

Por otro lado, lejos de cualquier esencialismo, de los escritos de Prezzolini se desprende que, al menos él, consideraba que la imagen de un país y sus ciudadanos era el resultado de una construcción cultural.

Cómo de otra forma podría sostener, hablando de la leyenda griega, que la imagen actual de Grecia era el resultado de la forma en la que los grandes hombres, los poetas, los filósofos y los artistas habían interpretado su historia y su cultura desde la Antigüedad y no un fiel reflejo de la realidad⁸⁴. Y cómo si no iba a defender que la imagen que unas naciones tenían de otras se basaba en la repetición de una serie de ideas construidas a partir de juicios y creencias subjetivas que mediatizaban la manera de entender al otro pero sin que ello significase que se ajustaban a la verdad⁸⁵. Buen ejemplo de ello era la imagen estereotipada que se proyectaba de España en el *Leonardo* a pesar de que Papini reconocía que «della vecchia Spagna conosciamo appena un libro, il *Don Quijote*, e due o tre nomi: Calderon, Lope de Vega, Sant'Ignazio. Della Spagna ultima, della Spagna presente nulla»⁸⁶.

La España presente era la que representaban los hombres de la nueva generación, pero también el imbricado ambiente cultural que habían ido tejiendo durante años krausistas, regeneracionistas y noventayochistas⁸⁷. Los jóvenes, la generación de Azaña y Ortega, venían a sumarse a él con fuerza y actitud renovada⁸⁸. La revista *Faro* fue una de sus primeras empresas culturales. Un arma de la que se sirvieron para alzar la voz y dar a conocer sus ideas. De carácter político-cultural, la publicación ya daba pistas claras de lo que serían algunas de las máximas generacionales y, a diferencia del *Leonardo*, mantuvo una mayor coherencia argumentativa. Esto, en buena medida, se debe a que el período de publicación de *Faro* fue más corto – un año frente a los casi cuatro de la italiana – pero también a que el carácter y el estilo de José Ortega y Gasset⁸⁹, el director en la sombra, era muy distinto al de Giuseppe Prezzolini y Giovanni Papini, más calmado y reflexivo y menos proclive a lo que el propio Papini denominó «esecuzioni neroniane»⁹⁰.

España fue el gran objeto de análisis de la revista, el tema sobre el que versaron la mayoría de los artículos y la preocupación primordial de los hombres que hicieron *Faro*; lo que explica porque en sus páginas se volvía una y otra vez sobre la idea de que España estaba atravesando por una grave crisis. Una crisis sustancialmente moral – y aquí coincidían con «i vinciani» cuando juzgaban la situación de Italia – pero también una crisis política. En cualquier caso, una crisis cimentada sobre tres problemas fundamentales: la corrupción del sistema político, la existencia de una educación oficial insuficiente y de baja calidad y la carencia de una élite capaz de guiar los destinos del país. Tres cuestiones estrechamente relacionadas. Así por ejemplo, sí en el primer número Ortega y Gasset negaba categóricamente la existencia de una «España salubre, enérgica

e inteligente»⁹¹ capaz de revertir los errores realizados y sacar adelante al país, en el segundo el economista Carlos Caamaño sostenía que la falta de iniciativa y la escasa agresividad de los capitalistas españoles eran, en parte, el resultado del ambiente sociopolítico, de la escasa y pobre educación y de la carencia de unos dirigentes que impulsasen, con energía, el cambio económico⁹². Artículo a artículo, de esta forma, la imagen que quedará plasmada de España en el semanario será la de un país huérfano de clases dirigentes, falto de ideas políticas y carente de empresas culturales de envergadura suficiente como para asegurar el futuro de la nación. Una nación, por otro lado, fundamentada sobre una identidad cuya personalidad estaba definida por una serie de rasgos caracteriales que, por sus connotaciones negativas, habían lastrado el desarrollo histórico del país y llevado a la nación a la situación de crisis por la que atravesaba. Esta interpretación – del ser y la historia de España – hundía sus raíces en los discursos articulados en torno a la cuestión por institucionitas, regeneracionistas y noventayochistas. Sin cuya existencia difícilmente podía entenderse⁹³. Y, posteriormente, siguió siendo desarrollada en la revista *España*, empresa editorial heredera de *Faro*⁹⁴.

En marzo de 1908 Ortega tomaba la palabra de nuevo para afirmar, en un texto en el que analizaba el Liberalismo español, que en España no había ni ideas políticas ni un ideal moral o cultural⁹⁵. Y, un mes después, insistía en esa visión. El capital de un pueblo, dirá, es el político. Por eso, de hacerse un rango entre las naciones, España ocuparía un lugar ínfimo. Sus palabras destilaban pesimismo. De hecho, había concluido el primer párrafo del texto con una frase lapidaria: «en España todo es estéril, hasta los crímenes». Y como si esta imagen no hubiera sido bastante expresiva decía:

[...] tendríamos sustancia sobrada para lamentarnos los que aún somos jóvenes y en nuestra vida hemos presenciado otra cosa que derrumbamientos, errores, angustias nacionales, ni hemos respirado más que desconfianzas, irresoluciones, ni aprendido sino desesperanza en este panorama de sordidez ideal, que representa la existencia española.

Yo me conformo con que nuestros abuelos no nos hayan dejado riquezas; pero les acuso de que no nos hayan dejado en herencia ni ideas ni virtudes públicas⁹⁶.

Luis Bello, colaborador habitual de la revista, miembro menor de la generación del 98, abría poco después un artículo con un párrafo igualmente duro.

No se caracteriza una nación solamente por las cosas que tiene [decía]. También hablan para descubrirlas las cosas de que carece, sobre todo si se trata de pueblos negativos, ó de poco haber, ó sometidos en las formas externas á un interminable período constitucional y en la entraña á una inmutabilidad permanente. De España podría hablarse mucho sin salir del tema de «lo que no tiene», y esto no con un simple espíritu progresista; porque de algunas cosas puede decirse que no las tiene todavía, pero hay otras que no las tiene ya⁹⁷.

Y esto para advertir que lo que España no tenía era, en palabras del autor, «socialismo parlamentario». Constantino Román hablará de como las Academias reflejaban la esterilidad mental del país⁹⁸. Carlos Caamaño sostendrá que España, respecto a los pueblos más robustos, iba con retraso en todos los ámbitos⁹⁹. Parmeno, el escritor José López Pinillos, dirá que la sordera espiritual del país se manifestaba en sus gustos teatrales¹⁰⁰. La revista servirá así como caja de resonancia del malestar no sólo de la nueva generación sino también de figuras de filiación generacional diferente que, sin embargo, compartían la idea de que el sistema político español estaba viciado y que su corrupción era la expresión de la ausencia de ideas políticas y morales. Las altas tasas de analfabetismo, hacían el resto. Sin cultura y sin ideas políticas no podía haber ciudadanos y, por tanto, nación. Ellos, que se definían en una editorial sin firma, como un grupo de gente nueva que quería «permitirse el lujo de pensar [...]»¹⁰¹, se van a fijar como objetivo desarrollar una labor de pedagogía política para formarlos¹⁰². La regeneración y la modernización del país pasaban por dar una educación a sus ciudadanos lo que hacía de su proyecto político un auténtico programa cultural¹⁰³.

La imagen que, por otra parte, se transmitía de lo que denominaban «la raza española» era también bastante desalentadora. En el ya citado artículo de Carlos Caamaño sobre la situación financiera del país se decía que mientras la raza sajona se caracterizaba por el vigor en el trabajo y la voluntad inquebrantable, la española lo hacía por todo lo contrario¹⁰⁴. Y una semana después el joven Ortega resolvía tajante:

España no es nada; es una antigua raza berberisca, donde hubo algunas mujeres hermosas, algunos hombres bravos y algunos pintores de retina genial.

El estigma de nuestra historia ha sido la carencia de preocupaciones universales. Hemos realizado hechos universalmente conocidos, pero no hemos cumplido acciones de fecundidad universal. No hemos iniciado reformas, ni renacimientos ni revoluciones. Hemos sido más españoles que hombres. Y es preciso que al cabo deje de colgar España, en el mapa moral del mismo modo que en el geográfico, como una piltrafa de Europa¹⁰⁵.

La dureza de sus palabras remitía a una visión de la historia nacional determinada por un ser nacional, «la raza», carente de características positivas. De hecho, en otro texto, Ortega vinculaba España con la muerte, lo que ahondaba en esa imagen negativa. Con determinismo fatalista escribía:

Tornando la mirada á Celtiberia, se me pone el corazón dolorido, porque advierto que, como dicen los proverbios, su casa está inclinada hacia la muerte, y las veredas de mi raza orientadas van hacia los muertos¹⁰⁶.

Una reflexión que revelaba que sus perspectivas de futuro para la raza no eran mejores que la imagen que tenía de su pasado y de su presente. Luis Bello, como Ortega, como otros intelectuales de la época¹⁰⁷, también asociaría la raza española con un destino funesto, en su caso, con una pulsión autodestructiva. Lo hacía al comentar que Ángel Ganivet, figura clave del 98, había vivido, pensado y sufrido «como un tipo representativo de la raza» y que hasta su desventura, su desvarío y su suicidio tenían «algo de simbólico, como una imagen de los trastornos de la Patria»¹⁰⁸. En las páginas de *Faro* habrá cabida, no obstante, para visiones menos críticas¹⁰⁹; aunque no fue lo habitual. Por lo general, las particularidades de “la raza” (entendida como identidad nacional y no como concepto biológico) serán presentadas como la causa última de los desvaríos de la nación. Pero ¿qué concepto de nación se desprende de la lectura de *Faro*? ¿Qué rasgos la definían? ¿Cuál era su esencia política? ¿Cuáles sus símbolos y mitos fundacionales?

En primer lugar, habría que señalar que la nación era entendida como una comunidad natural formada por un conjunto de personas que compartían procedencia, lengua y costumbres. El origen geográfico eran los territorios que, por aquel entonces, componían la monarquía española; aunque, básicamente, la realidad territorial conformada en torno a la península. En este aspecto, frente a la visión de una América hispana a la que unían fuertes lazos identitarios con España —a pesar de haber dejado de constituir parte integrante de la misma— ni Marruecos ni Guinea ni Fernando Poo parecen haber despertado un sentimiento semejante¹¹⁰. Los artículos que se les dedican están relacionados, por lo general, con aspectos de su gestión económica y política o con el objetivo de evitar los errores cometidos en América, pero no hay una alusión clara a cuestiones identitarias como si sucede cuando se aborda el caso americano. De hecho, desde la revista no sólo se trataba de impulsar el entendimiento con las antiguas excolonias sino que también se abogaba por hacer efectivo el

discurso hispanoamericano como un proyecto no sólo necesario sino también lógico atendiendo a la historia, la cultura y la lengua común¹¹¹. Las costumbres, por su parte, eran las derivadas de la cultura, el folclore y los modos de sociabilidad propios de España, inexplicables, por otro lado, sin su pasado colonial. La lengua de la nación: el castellano, cuyo predominio oficial será defendido con ahínco en las páginas de *Faro*, tanto por la cohesión cultural que aportaba al país como por su proyección atlántica, con todo lo que esta implicaba.

Defendían, además, que la esencia política de la nación se sustentaba sobre un sentimiento de soberanía nacional compartido y en el recurso a gobernarse mediante asambleas consultivas¹¹². No por casualidad, impulsaron la conmemoración de la Guerra de la Independencia, de cuyo inicio se cumplían en 1908 cien años, y de la Revolución de 1868. En el primer caso, se lamentaban del escaso interés que estaba recibiendo la celebración, algo incomprendible bajo su punto de vista. El número tres de la revista abría con un artículo titulado *Nuestro gran centenario*, en el que se afirmaba que «una conmemoración como la que España tan mezquinalmente celebra ahora, es en cualquier país que voluntariamente no se resigne a fenecer, inagotable motivo para conservar el fuego sagrado y la afirmación perenne de la personalidad nacional»¹¹³. Un asunto sobre el volverían el poeta y crítico de arte y literatura Enrique Díez-Canedo¹¹⁴ y Constantino Román tan solo un mes después¹¹⁵. En septiembre de 1908, Luis Bello iniciaba el número 30 de *Faro* poniendo sobre la mesa el poco interés demostrado por conmemorar la Revolución del 68, un hecho histórico que definía como «el último movimiento nacional»¹¹⁶.

Al descuido a la hora de celebrar fechas consideradas significativas se sumaba la crítica por la dejadez cuando llegaba el momento de exaltar y poner en valor otro tipo de símbolos y mitos nacionales, lo que consideraban un signo más de la debilidad de la nación. El escritor Cristóbal de Castro hacía un llamamiento para que las casas de Garcilaso de la Vega y José Zorrilla fueran monumentalizadas como «un caso de honor para la patria»¹¹⁷. Una iniciativa que la revista secundará en el número siguiente¹¹⁸. Y una línea que les llevará a aplaudir la restauración y la musealización de la casa del Greco en Toledo como alto ejemplo de patriotismo¹¹⁹ o a criticar los cambios de emplazamiento a los que se sometían, sin sentido aparente, a las estatuas de los hombres ilustres¹²⁰.

La defensa de un Estado unitario y centralizado va a ser también fundamental. La redacción de *Faro* se va a posicionar en contra de Solidaridad Catalana y del Proyecto de Ley de Administración Local, que en aquel momento se debatía en las Cortes. Unamuno va a ser el primero en

pronunciarse en defensa de la unidad de España a raíz de una conferencia impartida por Francesc Cambó en el Círculo Mercantil de Salamanca. España, decía en su artículo, tenía que vivir como pueblo culto y hacer obra de cultura, algo que solo era posible «siendo un Estado unificado y fuerte en su unidad, con una lengua – y una lengua internacional, como por dicha es la nuestra – como su instrumento espiritual, y con una visión de libertad de conciencia y de culto á la verdad del clásico saber humano». Una percepción que le llevaba a desestimar las teorías argüidas por Cambó¹²¹. Pocos días después, Antonio Ballesteros insistía en lo absurdo de las tesis defendidas por el político catalán¹²² y, en mayo, volvía a la carga sobre este tema con nuevos argumentos¹²³. En septiembre, el propio director de la revista, Bernardo Rengifo y Tercero, advertía de las implicaciones de otorgar a Cataluña el nivel de autonomía que reclamaba¹²⁴ y Tomás de Elorrieta y Artaza, experto en derecho político y miembro del Instituto de Reformas Sociales (IRS), afirmaba que el regionalismo era «un problema secundario é independiente de las cuestiones fundamentales de la política contemporánea» aunque advertía del peligro que suponía aceptar lo que solicitaban los representantes de Solidaridad Catalana por ser incompatible con el mantenimiento de la unidad nacional. Para justificar dicha afirmación se servía de dos ejemplos: el idioma y la educación. Exponía primero que una de las mayores aspiraciones de catalanistas y «bizkaitarras» era que el Estado español reconociese el catalán y el euskera como lenguas oficiales, para después defender la necesidad de que el Estado asegurase el arraigo de la lengua española que era, en sus palabras, «el lazo más fuerte que une a los pueblos, y la base más sólida del espíritu nacional». Respecto a la enseñanza su posición era también categórica. El Estado no podía transferir las competencias educativas a las regiones porque era el elemento del que fundamentalmente se servía para forjar el espíritu nacional. Por eso, consideraba que renunciar a dirigir el sistema educativo significaba poner en manos de terceros el futuro de la nación; en un momento, advertía, en el que el espíritu nacional se había debilitado en muchas regiones. En base a ello, sostenía que tales pretensiones eran incompatibles con el respeto a la soberanía nacional y, por tanto, concluía que el Estado debería combatirlas si fuera necesario¹²⁵.

La visión de la educación, la lengua y la cultura como instrumentos de nacionalización de las masas fue una preocupación constante, especialmente como consecuencia de los peligros que para la unidad de España representaba la apuesta catalana. De ahí el interés que despertó la decisión del Ayuntamiento de Barcelona de dedicar el excedente presupuestario a hacer labor cultural. Una medida que sirvió de punto de

partida para que el institucionista y también miembro del IRS Leopoldo Palacios reflexionase sobre el diferente apoyo brindado por las autoridades de Barcelona al Institut d'Estudis Catalans y a la Institución de Cultura Popular frente al que había recibido del Gobierno Central la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y la Junta para Fomento de la Educación Nacional. Diferencia que le llevaba a concluir, en una crítica velada pero clara al Estado, que el presupuesto de cultura de Barcelona era la obra cultural más importante que cualquier centro oficial había impulsado en mucho tiempo en todo el territorio nacional. Si esta era una labor que correspondía al Estado, Palacios se preguntaba dónde estaba éste¹²⁶. El tema revestía su importancia, no era una cuestión baladí; de hecho, números después en la sección de información política de la revista se recogía el discurso que sobre la misma cuestión y con enfoque semejante había desarrollado el diputado José del Perojo y Figueras en el Congreso¹²⁷.

Conclusiones

De la lectura del *Leonardo* y de *Faro* se concluye que el grupo de intelectuales y artistas que constituyeron las generaciones italiana y española del 14 no sólo entendieron de distinta forma la idea de nación y el proceso de nacionalización de sus respectivos países durante su juventud, sino que, además, se posicionaron de diferente forma frente a ello. Y lo hicieron, en buena medida, porque, a pesar de compartir un mismo horizonte generacional, algunas ideas y una actitud análoga ante la vida, las realidades históricas de sus respectivos países eran, en aquel momento, distintas y, como resultado de ello, las reflexiones que hicieron en torno a estas cuestiones estuvieron influidas por esas diferentes circunstancias y así lo reflejaron sus escritos.

En este sentido, si quienes escribieron en el *Leonardo* pusieron en duda la entidad de Italia como nación (e incluso la existencia de una cultura italiana propia y de una identidad “nacional” específica), abogaron por la puesta en marcha de un proceso de nacionalización sobre bases y con objetivos distintos a los desarrollados por el Estado italiano y proyectaron una idea de nación antidemocrática y nada igualitaria; quienes colaboraron en *Faro* no sólo creyeron en el hecho de que España constituía una nación, con una cultura propia y una identidad nacional definida, sino que, además, defendieron la necesidad de intensificar el programa de nacionalización estatal con la pretensión de mantener cohesionada la nación, formar auténticos ciudadanos y modernizar el país. Todo ello apoyado en un

discurso de nación liberal y democrática, aunque no igualitaria. Al respecto cabe señalar que, aunque con matices, tanto italianos como españoles vieron en la creación y el patrocinio de una élite dirigente una de las posibles soluciones a los problemas nacionales y, por tanto, se puede afirmar que ninguna de sus visiones se sustentaba sobre la idea de una sociedad igualitaria. Con todo, es importante aclarar que mientras los italianos vieron en el movimiento obrero una amenaza intolerable, los españoles, al menos durante algunos años, entendieron su avance más como un signo de cambio y una esperanza que como un peligro.

En ambos casos, eso sí, su actitud no fue meramente propositiva. Tanto italianos como españoles, los hombres del 14, se involucraron directamente en la búsqueda y en la puesta en marcha de soluciones que dieran respuesta al “problema de España” y a la “decadencia de Italia”. Y, en este sentido, tomaron clara distancia de sus predecesores constituyéndose como una generación con voz y maneras propias.

Note

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación «Estado, nación y nacionalización en la Europa del Sur y América latina (1850-1930). Una perspectiva comparada» del Ministerio de Economía y Competitividad (Referencia: HAR2015-64419-P), Universidad de Cantabria.

1. En torno a la misma se vea M. Menéndez Alzamora, *La génesis de la generación de 14. Microforma: prensa, intelectuales y poder político ante la crisis de la Restauración*, Servei de Publicacions Universitat de València, Valencia 1995 y Id., *La generación del 14: una aventura intelectual*, Siglo XXI de España, Madrid 2006; J. P. Fusi, *Un siglo de España. La cultura*, Marcial Pons, Barcelona 1999 o A. M. R. Fernández Muñoz, *La Generación del 14 y su literatura*, Biblosur, Granada 2008.

2. R. Wohl, *La generazione del 1914*, Jaca Book, Milano 1984 (ed. or. R. Wohl, *The Generation of 1914*, Harvard University Press, Cambridge [MA] 1979).

3. M. Biondi, *Il libro uno e trino. «La cultura italiana» (1906-1927)*, en C. Ceccuti (a cura di), *Prezzolini e il suo tempo*, Atti del Convegno Internazionale di Studi, Le Lettere, Firenze 2003, pp. 40-1.

4. En relación al término «generación» se vean las definiciones que del mismo se hacen en *En torno a Galileo* de José Ortega y Gasset (Obras Completas, Revista de Occidente, vol. V, 1951) y *El método histórico de las Generaciones* de Julián Marías (Revista de Occidente, Madrid 1961) y como ejemplos de su uso el trabajo de S. Juliá, *Historia de las dos Españas*, Taurus, Madrid 2004.

5. E. Gentile, *La grande Italia. Il mito della nazione nel XX secolo*, Laterza, Roma-Bari 2006, pp. 123-32. Cabe señalar que, aunque no es el más globalizador, el término cuyo uso parece más generalizado es el de «i vociani», de ahí que sea el que más habitualmente encontramos en manuales de carácter general – especialmente dedicados a literatura – como el de G. Fenocchio (a cura di), *La letteratura italiana. Il Novecento. I. Da Pascoli a Montale*, Bruno Mondadori, Milano 2004, pp. 172-86.

6. G. Prezzolini, *La Voce 1908-1913. Cronaca, antologia e fortuna di una rivista*, Rusconi, Milano 1974, pp. 27-9.

7. Ivi, pp. 110-1, 155-7, 167-9.

8. Ivi, pp. 46-61 y L. Strappini, C. Micocci, A. Abruzzese, *La classe dei colti. Intellettuali e società nel primo Novecento italiano*, Laterza, Bari 1970, pp. 72-3.

9. Sobre la heterogeneidad de la cultura italiana de principios del siglo XX y sus implicaciones ha reflexionado Lucia Strappini en Strappini, Micocci et Abruzzese, *La classe dei colti*, cit., pp. 16-7, 19, 50. Pero también, por ejemplo, Gentile, *La grande Italia*, cit., p. 150.

10. Así se refieren a ellos, por ejemplo, en la obra: Strappini, Micocci et Abruzzese, *La classe dei colti*, cit.

11. Se vea al respecto el testimonio que ofrece Papini en su obra G. Papini, *Un uomo finito*, Mondadori, Milano 2016, pp. 79-94 (ed. or. G. Papini, *Un uomo finito* [QuadernidellaVoce, XVIII-XIX, raccolti da Giuseppe Prezzolini], Libreria dellaVoce, Firenze 1913).

12. Para este artículo se han analizado todos los números del *Leonardo* (25) y los 32 primeros de *Faro*. El marco temporal analizado para el primer caso es más amplio que en el segundo porque la periodicidad de publicación de la revista italiana es irregular y se alarga en el tiempo, desde enero de 1903 hasta agosto de 1907. Mientras que los 32 números examinados de *Faro*, que salía a la luz semanalmente, corresponden a todos los números aparecidos entre el 23 de febrero de 1908 y el 27 de septiembre del mismo año.

13. Se vea G. Papini (Gian Falco), *Campagna per il forzato risveglio*, en “*Leonardo*”, IV, agosto 1906, pp. 193-9.

14. Robert Wohl en su ya clásico libro sobre la generación del 14, dónde aborda el caso inglés, francés, alemán, italiano y español, señala este sentimiento como un rasgo de distinción generacional. Algo que yo extendería a los jóvenes latinoamericanos de la época, al menos, a los miembros de la Generación peruana del 900 y a los mexicanos del Ateneo de la Juventud. Se vea el capítulo final de Wohl, *La generazione del 1914*, cit., pp. 335-91.

15. Se vea S. Juliá, *Intelectuales y prensa en el siglo XX*, en C. Almuíña y E. Sotillos (coords.), *Del periódico a la sociedad de la información*, Sociedad Estatal Nuevo Milenio, Madrid 2002, vol. 1, pp. 197-218.

16. *Programma sintetico*, en “*Leonardo*”, I, n. 1, 1903, p. 1.

17. Giovanni Papini cuenta en sus memorias como tomó, junto con un grupo de jóvenes, la decisión de poner en marcha un periódico para que sirviese de altavoz de sus ideas. Esta empresa fue tomando cuerpo a lo largo de los últimos meses de 1902, un momento en el que según Papini: «Bisognava raccogliere tutte queste forze; renderle compatte e massiccie per uno sforzo comune e scagliarle finalmente alla carica concorde e stravincente contro l'involontario nemico. Fra tutti quelli ero l'unico che avesse una qualche idea e traccia fondamentale ed anche un certo potere di coordinazione teorica. Tutti quanti mi riconoscevano già come il capitano indispensabile della prossima impresa. Dopo un mese e più di colloqui e di assemblee ambulanti in quella febricitante fine d'anno pensai di stendere una specie di gran discorso o manifesto e di leggerlo a tutti quelli che s'erano accostati a noi perché dicessero chiaramente se ci avrebbero seguiti fino in fondo oppure no». El discurso al que hace referencia es el *Discorso ai vinciani*. Éste fue redactado por Papini y leído a Adolfo de Karolis, Giovanni Costetti, Paolo Mussini, Armando Spadini, Alfredo Bona, Ernesto Macinai y Mario Venturini. Véase el texto en Papini, *Un uomo finito*, cit., p. 82. Confróntese la nómina de los asistentes en A. Viviani, *La maschera dell'orco (l'intima vita di Giovanni Papini)*, Bietti, Milano 1955, pp. 133-52.

18. El texto íntegro del discurso se puede consultar en *La nascita della modernità. Leonardo, 1903-1907*, Vallecchi, Firenze 2002, pp. 18-24. El concepto de juventud se encuentra concretamente en la página 18.

19. G. Papini, *L'Ideale Imperialista*, en “*Leonardo*”, I, n. 1, 1903, p. 3.

20. Gentile, *La grande Italia*, cit., pp. 123-32.

21. La razón por la cual Giovanni Papini se fija este objetivo la explica él mismo en su obra *Un uomo finito* cuando dice: «L'Italia mi sembrava un paese senza vita, senza unità ideale, senza scopo comune. Todo smorto, todo assonnato. Ognuno per sé e qualche camorra para tutti. Mi domandai qual'era in quel momento il mestiere, la missione d'Italia nel mundo. E non seppi rispondere. Allora cominciai con mazziniana intempestività la mia *Campagna per il forzato risveglio*. Squili fievoli [artículos, opuscoli, cartas] in un mundo rumoroso e distratto. Volevo che il mio paese facesse qualcosa di suyo, representase una parte suya tra gli altri popoli. Volevo que gli italiani, buttata via la retórica dei passati risorgimenti, si proponessero un grande fine comune, uno scopo veramente nacional. Dopo el 1860 non c'era stato più un sentimento, un pensiero único, italiano. Era tempo di rimettersi in cammino. Una nación que no sente in sè la pasión messianica è destinata a sfasciarsi. Ma quale poteva essere questa metà nacional? Io stesso no ero ben seguro. Gridavo e chiamavo e poi interrogavo quelli stessi ch'erano accorsi ai miei appelli. Dicevo: la preparación del dominio espiritual de las cosas. In Italia lo espíritu era stato siempre privilegiado: da questo paese doveva cominciare el definitivo regno dello espíritu». Papini, *Un uomo finito*, cit., p. 126.

22. En abril de 1905 Giovanni Papini dedica una de las *Schermaglie* [Polémicas], «Del *Leonardo* agli Etruschi», a ironizar, por un lado, sobre el miedo que le producía la fama que estaba adquiriendo la revista y, por otro, a señalar la heterogeneidad e, incluso, la contradicción de formas en las que la definían. En tono jocoso apuntaba que quien más se había acercado al espíritu de la revista había sido Aldo De Rinaldis, quien en el número del 8 de mayo de 1905 del *Pungolo* (Nápoles) los había definido como «dei pellegrini e dei minatori». Y añadía Papini: «dei pellegrini que cercano nell'ampiezza, dei minatori que cercano nella profondità: mobili, instabili, incontentabili, diversi, molteplici, luciferoschi e francescani, amatori di moto, assetati di pace». En el siguiente número de la revista, el que corresponde a julio y agosto de 1905, el propio Papini insistirá en esa idea de cambio al afirmar que el *Leonardo* es una revista viva, libre, sin programa y en transformación permanente. Se vean respectivamente G. Papini (Gian Falco), *Schermaglie: Del Leonardo agli Etruschi*, en «*Leonardo*», III, aprile 1905, p. 67 y G. Papini (G. F.), *Schermaglie: Ai consiglieri del «Leonardo»*, en «*Leonardo*», III, junio-agosto 1905, p. 133.

23. G. Papini (Gian Falco), *Schermaglie: Rispettate i grandi uomini*, en «*Leonardo*», III, junio-agosto 1905, pp. 132-3.

24. Sirvan de ejemplo los artículos: *Schermaglie: Appello ai Giovini*, en «*Leonardo*», I, n. 2, gennaio 1903, p. 8; P. Centauro, *Contro i Vecchi*, en «*Leonardo*», I, n. 3, gennaio 1903, pp. 6-7; G. Papini (Gian Falco), *Campagna per il forzato risveglio*, en «*Leonardo*», IV, agosto 1906, pp. 193-9.

25. G. Papini, *Discorso ai Vinciani*, en *La nascita della modernità. Leonardo*, cit., pp. 20-1.

26. Sobre el objetivo de convertirse en guías espirituales al que aspiraban tanto Papini como Prezzolini reflexionó Lucia Strappini en L. Strappini, C. Micocci et A. Abruzzese, *La classe dei colti*, cit., p. 13.

27. G. Prezzolini, *Funerali del positivismo*, en «*Leonardo*», I, n. 8, aprile 1903, p. 4.

28. Respecto a las transformaciones que experimenta el grupo durante los años en los que se publica el *Leonardo* se puede consultar la versión que Papini y Prezzolini dieron de los hechos en el último número de la revista (G. Papini y G. Prezzolini, *La fine*, en «*Leonardo*», V, agosto 1907, pp. 257-63). Así como también, el análisis que se hace de ello en la obra *La nascita della modernità*, cit., pp. 13-5.

29. Sobre este asunto se vean Strappini, Micocci, Abruzzese, *La classe dei colti*, cit., pp. 35 y 73; E. Gentile, *La Voce e l'età giolittiana*, Pan, Milán 1972; G. Prezzolini, *La Voce 1908-1913*, cit. y M. Richter (a cura di), *Giovanni Papini-Ardengo Soffitti. Carteggio I. 1903-1908. Dal «Leonardo» a «La Voce»*, Edizioni di Storia e letteratura-Fondazione primo conti, Roma 1991, p. 34.

30. Se vean al respecto N. Bobbio, *Perfil ideológico del siglo XX en Italia*, Fondo de Cultura Económica, México 2014, pp. 66-7 (Primera edición: N. Bobbio, *Profilo ideologico del Novecento italiano*, Einaudi, Torino 1986) o G. Lutti, *Gli anni de «La Voce»*, en Ceccuti (a cura di), *Prezzolini e il suo tempo*, cit., p. 23.

31. En relación a las tensas relaciones que mantuvieron Papini y Croce y sobre las negativas opiniones que el uno del otro tenían ambos escritores se ha referido Giuseppe Prezzolini en *La Voce 1908-1913*, cit., pp. 31, 130, 215-6.

32. En torno a esta cuestión reflexiona Giuseppe Prezzolini cuando, al hablar de las corrientes de pensamiento que inspiraron el trabajo de los colaboradores del *Leonardo*, afirma que durante la segunda etapa de la revista: «il *Leonardo* affermò un carattere suo proprio attirando la collaborazione di Vailati, Calderoni, Amendola, Cecchi e di altri minori. La sua novità era l'*idealismo*, ma non quello del Croce e del Gentile proveniente dalla lettura di Hegel adattato alla tradizione italiana dallo Spaventa e, caso curioso, suscitato in ambedue gli scrittori da Marx; era invece un idealismo di origine anglosassone, cioè della linea di Berkeley-Hume; e sfociò presto nel *pragmatismo* del Pierce e del James con, nel Prezzolini, un pizzico di idealismo magico alla Novalis. Questa differenza di origine (che in ognuno dei collaboratori si manifestò con caratteri differenti) si farà sentire anche quando il Prezzolini si sentirà attirato dal magnetismo del Croce, che diventò durante gli anni de *La Voce* la sua bussola». Y más adelante apunta hablando del período de *La Voce*: «Croce, che aveva un debole per Soffici, non riusciva a trovar mai nulla di buono in Papini». En Prezzolini, *La Voce 1908-1913*, cit., pp. 17, 48, 55. Al respecto consultense también los trabajos Fenocchio, *La letteratura italiana*, cit., pp. 12-3 y M. Panetta, *Una correspondencia de doce años: Benedetto Croce y Giovanni Papini*, en “Zibaldone. Estudios italianos”, 3, 2, 2015, pp. 84-96.

33. J. Gracia, *José Ortega y Gasset*, Taurus-Fundación Juan March, Madrid 2014, pp. 71, 77-96.

34. Véase J. C. Mainer, *La doma de la Quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España*, Iberoamericana Vervuert, Frankfurt am Main-Madrid 2004, pp. 251-7; M. Menéndez Alzamora, *La Generación del 14*, cit., pp. 99-136 y F. J. Martín, *Hacia el «14». Para una génesis del movimiento intelectual en España*, en F. J. Martín (ed.), *Intelectuales y reformistas. La Generación de 1914 en España y América*, Biblioteca Nueva, Madrid 2014, pp. 35-7.

35. J. C. Mainer, *La doma de la Quimera*, cit., p. 251.

36. Martín, *Hacia el «14»*, cit., p. 35.

37. Esto no sólo se deduce de que en la revista aparezca expresamente la posibilidad de suscribirse por el mismo precio en España que en Latinoamérica sino también de que Ortega hubiera explicado por carta a Unamuno que *Faro* se iba a dirigir a españoles y sudamericanos. Se vea en Menéndez Alzamora, *La Generación del 14*, cit., pp. 100 y 375.

38. Información que ofrece la página web de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, a través de la cual se ha consultado la revista *Faro* digitalizada.

39. M. Troyano, *Razón de vida*, en “Faro”, I, Núm. 1º, 23 de febrero de 1908, p. 1.

40. Wohl, *La generazione del 1914*, cit., pp. 354-5.

41. Así lo apunta, por ejemplo, Antonio Elorza en su trabajo *Nacionalismo y nacionalismo en España e Italia: dos procesos divergentes* publicado en F. García Sanz (ed.), *España e Italia en la Europa contemporánea: desde finales del siglo XIX a las dictaduras*, CSIC, Madrid 2002, pp. 125-40 o algunos de los capítulos que forman parte del libro M. Suárez Cortina, M. Ridolfi (eds.), *El Estado y la Nación. Cuestión nacional, centralismo y federalismo en la Europa del Sur*, Ediciones Universidad de Cantabria, Santander 2014; aunque también hay quien, como José María Jover Zamora, traza interesantes paralelismos entre los efectos de las crisis coloniales finiseculares de España e Italia. Se vea J. M. Jover Zamora, *1898. Teoría y práctica de la distribución colonial*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1979

(en línea), in <http://biblioteca.itam.mx/estudios/60-89/77/JoseMaJoverZamora1898Teoria.pdf> (Consultado: 19 octubre de 2015).

42. Se vean R. N. Stromberg, *Historia intelectual europea desde 1789*, Debate, Madrid 1980, capítulo 5; G. L. Mosse, *La cultura europea en el siglo XIX y La cultura europea en el siglo XX* ambas publicadas por Ariel en 1997 y E. Hobsbawm, *La era del Imperio, 1875-1914*, Crítica, Barcelona 1998, pp. 252-70.

43. Se vea al respecto A. Viviani, *La mascheradell'orco*, cit., pp. 133-52 y G. Luti, *Non si volge chi a stella è fisso! Introduzione alla nueva edizioneanastatica del "Leonardo" 1903-1904*, en *La nascita della modernità*, cit., pp. 13-5.

44. E. Gentile, *L'Italia giolittiana. Storia d'Italia dall'unità alla Repubblica*, il Mulino, Bologna 1990, pp. 194-5.

45. Prezzolini, *La Voce 1908-1913*, cit., p. 24.

46. Gentile, *L'Italia giolittiana*, cit., p. 195.

47. *Ibid.*

48. En relación a la posición tanto de las redacciones del *Leonardo* como de *La Voce* respecto a la política italiana que les era contemporánea se puede consultar una breve reflexión en el trabajo L. Preti, *Giolitti, i riformisti e gli altri (1900-1911)*, Sugarco Edizioni, Milano 1985, pp. 228-31.

49. G. Papini (Gian Falco), *La cultura e la vita italiana*, en “Leonardo”, III, octubre-diciembre 1905, pp. 143-6.

50. G. Papini, *L'Ideale Imperialista*, en “Leonardo”, I, n. 1, gennaio 1903, p. 1.

51. Se vea Gentile, *La grande Italia*, cit., pp. 26, 32-5, 126.

52. M. Missiroli, *Schermaglie: Uno Scienziato indipendente*, en “Leonardo”, V, n. 2, aprile-giugno 1907, pp. 235-40.

53. Una breve interpretación sobre la evolución del concepto de raza en el siglo XIX y la primera década del XX se puede consultar en E. Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Crítica-Grijalbo-Mondadori, Barcelona 1998, pp. 274-7 y Hobsbawm, *La era del imperio*, cit., pp. 262-3.

54. A. Mussini (Augustus), *Le Città Morte*, en “Leonardo”, I, n. 1, gennaio 1903, pp. 3-4.

55. Papini, *Discorso ai Vinciani*, cit., p. 20.

56. F. T. Marinetti, *Primer manifiesto futurista*, en F. T. Marinetti, *Manifiestos y textos futuristas*, Edic. Del Cotal, Barcelona 1978, pp. 125-35.

57. Gentile, *La grande Italia*, cit., p. 11.

58. A. de Karolis, *L'Arte nova*, en “Leonardo”, I, n. 1, gennaio 1903, pp. 5-6; E. Macinai, *La Coppa nel deserto*, en “Leonardo”, I, n. 1, gennaio 1903, p. 7 y *Aulire di violette*, en “Leonardo”, I, n. 1, gennaio 1903, p. 7.

59. F. Perfetti, *Il nazionalismo italiano dalle origini alla fusione col fascismo*, Capelli Editore, Bologna 1977.

60. Se vea al respecto los comentarios de Carlo Ghisalberti en García Sanz (ed.), *España e Italia*, cit., pp. 158 y 163.

61. Otro comentario en el mismo sentido lo hace en el artículo *Campagna per il forzato risveglio* donde se refiere a la unificación italiana como el momento en el que Italia volvió a poner juntos sus pedazos, lo que también sugiere que existía previamente. Se vea en G. Papini (Gian Falco), *Campagna per il forzato risveglio*, en “Leonardo”, IV, agosto 1906, p. 196.

62. Se vean al respecto, por ejemplo, los trabajos de Gentile, *L'Italia giolittiana*, cit. o C. Duggan, *La forza del destino. La forza d'Italia dal 1796 a oggi*, Laterza, Roma-Bari 2013.

63. Confróntese en G. Papini (Gian Falco), *La cultura e la vita italiana*, en “Leonardo”, III, octubre-diciembre 1905, pp. 143-6.

64. G. Papini (G. F.), *Schermaglie: Il patto di luce*, en “Leonardo”, III, octubre-diciembre 1905, pp. 192-3.

65. En torno a las transformaciones del sistema educativo italiano se pueden consultar los trabajos recogidos en la obra S. Soldani, G. Turi (a cura di), *Fare gli italiani. Scuola e cultura nell'Italia contemporanea. I. La nascita dello Stato nazionale*, il Mulino, Bologna 1993. Especialmente interesantes para el período que tratamos son las aportaciones de Giovanni Vigo, Marino Raicich e Ilaria Porciani.

66. En febrero de 1904, al responder una carta enviada por George Palante, profesor de filosofía francés, a la redacción sentenciaba: «Quanto poi al preferire l'individualismo dei borghesi a quello degli operai è una questione puramente personale. Se io fosse in basso sarei per l'individualismo di quelli che sono in basso, ma siccome sono piuttosto in alto tengo per l'individualismo di quelli che sono in alto. Io trovo stupidi soltanto coloro i quali, appartenendo a una classe dominante, vanno ad aiutare quell'altra classe che si agita per togliere alla loro il potere e la ricchezza. Costoro, quando non lo facciano per speranze di maggiori gioie (un potere maggiore mettendosi a capo degli insorti, una ricompensa oltreterrestre) sono per me dei perfetti imbecilli. E son certo, caro Palante, che né io né voi siamo tra quelli». En G. Papini (Gian Falco), *Contrasti individualisti*, en “Leonardo”, II, noviembre 1904, p. 31.

67. *Leonardo* (Firenze), octubre-diciembre 1905, Anno III, pp. 212-4.

68. M. Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Akal, Madrid 2014, pp. 20-1.

69. G. Papini (Gian Falco), *In quante maniere non ha capito l'Italia*, en “Leonardo”, IV, octubre-diciembre 1906, pp. 310-20.

70. Contemporáneamente a la publicación del *Leonardo*, como ya se ha mencionado, Papini y Prezzolini colaboraron con *Il Regno*. Para profundizar en el discurso de nación y la posición política de ambos sería interesante analizar los artículos que allí publicaron. Más si cabe cuando una de las causas que produjeron el alejamiento de Papini y Prezzolini de *Il Regno* fue su defensa de la necesidad de preocuparse ante todo por los problemas internos. Una postura que contravenía la línea editorial de la publicación que tenía una de sus principales preocupaciones en la política exterior del país. En F. Perfetti, *Il nazionalismo italiano*, cit. y del mismo autor *Il nazionalismo italiano*, en García Sanz (ed.), *España e Italia*, cit., pp. 142-3, 163.

71. G. Prezzolini, *Schermaglie: Il Signore Garibaldi e i suoi tempi*, en “Leonardo”, V, n. 3, agosto 1907, pp. 278-80.

72. Al respecto se consulte Prezzolini, *La Voce 1908-1913*, cit., pp. 80-2 y Gentile, *La grande Italia*, cit., pp. 127-9.

73. Prezzolini, *Schermaglie: La Dante Alighieri*, en “Leonardo”, V, n. 3, agosto 1907, pp. 280-3. La *Società Dante Alighieri*, que en este caso es el foco de las críticas de Prezzolini, había sido creada en 1889 para tutelar y difundir la lengua y la cultura italiana en el exterior. Se vea R. Domínguez Méndez, *De la identidad a la propaganda cultural: las escuelas italianas en España (1861-1922)*, en “Investigaciones Históricas”, 29, 2009, pp. 187-90.

74. *Palle al balzo*, en “Leonardo”, II, marzo 1904, pp. 31-2.

75. G. Papini (Gian Falco), *Agli amici ed ai nemici*, en “Leonardo”, IV, febrero 1906, p. 3.

76. G. Prezzolini (G. il S.), *Le sorprese di Hegel*, en “Leonardo”, IV, octubre-diciembre 1906, p. 296.

77. Al respecto se vea M. Ridolfi, M. Tesoro, *Monarchia e Repubblica. Istituzioni, culture e rappresentazioni politiche in Italia (1848-1948)*, Bruno Mondadori, Milano-Torino 2011 y E. Gentile, *Il culto del littorio*, Laterza, Roma-Bari 2009, pp. 11-25.

78. Consultese Gentile, *La grande Italia*, cit., pp. 35-41, 66-71, 95-108, 124, 126.

79. Ivi, p. 124.

80. Richter (a cura di), *Giovanni Papini-Ardengo Soffitti*, cit., pp. 24-5.

81. En las primeras décadas del siglo veinte cobró fuerza la idea de que a través

de los estudios literarios y lingüísticos se podían conocer los rasgos que definían la identidad de un pueblo. Muchos intelectuales latinoamericanos así lo entendieron y a ello dedicaron parte de sus trabajos. Sirvan de ejemplo las obras de Pedro Henríquez Ureña o Alfonso Reyes. Se vea al respecto I. León O’Farril, *Nacionalismo a modo e identidades diluidas. La controversia nacionalista de 1932 en México*, en “Encuentros”, I, 2011, p. 102; C. M. Parra Triana, *Ateneo de la Juventud y Revista Amauta: dos agentes colectivos de consolidación intelectual hispanoamericana*, en “Anales de Literatura Hispanoamericana”, 42, 2013, pp. 297-314 y P. Aparicio Durán, *Alfonso Reyes en dos tiempos. Entre el arielismo y la doble experiencia literaria: La venganza creadora y La cena*, en “Álabe 7”, p. 4 (en línea) www.revistaalabe.com (Consultado: 19 de octubre de 2015).

82. G. Prezzolini (Guiliano il Sofista), *Un compagno di scavi (F. D. Schiller)*, en “Leonardo”, II, giugno 1904, pp. 4-5.

83. G. Papini (G. F.), *Schermaglie: Idantisti si guistificano*, en “Leonardo”, IV, ottobre-dicembre 1906, pp. 344-6.

84. G. Prezzolini (Guiliano il Sofista), *La leggenda greca*, en “Leonardo”, II, giugno 1904, pp. 26-7.

85. G. Prezzolini (G. il S.), *Schermaglie: L’Italia all’estere*, en “Leonardo”, IV, ottobre-dicembre 1906, pp. 346-7.

86. G. Papini (G. F.), *Alleati e nemici [Aliados y enemigos]: Miguel de Unamuno*, en “Leonardo”, IV, ottobre-dicembre 1906, p. 364. Papini es aquí modesto, no obstante. Al menos, en lo que a él se refiere. En su libro *Un uomo finito* explica que durante su juventud estudió con bastante profundidad la literatura antigua y medieval española. En Papini, *Un uomo finito*, cit., pp. 27-8.

87. Sobre el ambiente cultural en el período de entre siglos se vean, por ejemplo, los trabajos publicados en J. P. Fusi, A. Niño (eds.), *Antes del “desastre”. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid 1996, pp. 391-480; R. Núñez Florencio, *Tal como éramos. España hace un siglo*, Espasa Calpe, Madrid 1998; M. Esteban de Vega, A. Morales Moya (eds.), *Los fines de siglo en España y Portugal*, Universidad de Jaén, Jaén 1999; V. Salavert, M. Sánchez Cortina (eds.), *El regeneracionismo en España. Política, educación, ciencia y sociedad*, Universidad de Valencia, Valencia 2007.

88. J. C. Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Cátedra, Madrid 1987; S. Juliá [Estudio introductorio], *Manuel Azaña. ¡Todavía el 98! El Idearium de Ganivet. Tres generaciones del Ateneo*, Biblioteca Nueva, Madrid 1997 y Fusi, *Un siglo de España*, cit.

89. Se vea la biografía J. Gracia, *José Ortega y Gasset*, cit.

90. G. Luti, *Gli anni de «La Voce»*, en Ceccuti (a cura di), *Prezzolini e il suo tempo*, cit., p. 29.

91. J. Ortega y Gasset, *La reforma liberal*, en “Faro”, I, n. 1, 23 febrero 1908, p. 1.

92. C. Caamaño, *Información financiera. ¿Sufrirá una evolución el capital español?*, en “Faro”, I, n. 2, 1º marzo 1908, p. 8.

93. S. Julià, *Anomalía, dolor y fracaso de España*. Conferencia anual de la Society for Spanish and Portuguese Historical Studies, Tucson, abril de 1996. Publicada en “Claves de razón Práctica”, 66, 1996, pp. 49-51.

94. L. Araquistain, *Luis Araquistain. La revista “España” y la crisis del Estado liberal* [Estudio preliminar: Ángeles Barrio], Servicio de Publicaciones-Universidad de Cantabria, Santander 2001, pp. 49-62.

95. J. Ortega y Gasset, *La conservación de la cultura*, en “Faro”, I, n. 3, 8 marzo 1908, pp. 1-2. El artículo se inserta en la polémica que mantuvieron sobre el Liberalismo español Gabriel Maura y Gamazo y José Ortega y Gasset en las páginas de la revista. Se vea Menéndez Alzamora, *La Generación del 14*, cit., pp. 103-8.

96. J. Ortega y Gasset, *Sobre el proceso Rull (lamentación)*, en “Faro”, I, n. 8, 12 abril 1908, p. 1.
97. L. Bello, *Lo que España no tiene. Socialismo parlamentario*, en “Faro”, I, n. 19, 28 junio 1908, pp. 2-3.
98. C. Román, *Menudencias históricas. En las Academias*, en “Faro”, I, n. 20, 5 julio 1908, p. 3.
99. C. Caamaño, *Vida económica y financiera: La crisis monetaria*, en “Faro”, I, n. 20, 5 julio 1908, p. 8.
100. J. López Pinillos (Parmeno), *De nuestra vida: La moral en las tablas*, en “Faro”, I, n. 27, 23 agosto 1908, p. 3.
101. *Lo que debe ser el bloque*, en “Faro”, I, n. 31, 20 septiembre 1908, p. 1.
102. *Antología de un ciudadano*, en “Faro”, I, n. 2, 1º marzo 1908, p. 4.
103. Menéndez Alzamora, *La Generación del 14*, cit., pp. 125 y 210.
104. La comparación se presentó como un método útil para destacar las carencias de lo español. En este sentido, se vean como ejemplo el aludido artículo de C. Caamaño, *Información financiera. ¿Sufrirá una evolución el capital español?*, en “Faro”, I, n. 2, 1º marzo 1908, p. 8 o el trabajo de A. Aura Boronat, *La educación a medias*, en “Faro”, I, n. 4, 15 marzo 1908, pp. 1-2.
105. J. Ortega y Gasset, *La conservación de la cultura*, en “Faro”, I, n. 3, 8 marzo 1908, pp. 1-2.
106. J. Ortega y Gasset, *Sobre el proceso Rull (lamentación)*, en “Faro”, I, n. 8, 12 abril 1908, p. 1.
107. R. Núñez Florencio y E. Núñez González, *;Viva la muerte! Política y cultura de lo macabro*, Marcial Pons Historia, Madrid 2014, pp. 209, 302-3.
108. L. Bello, *Crónica del teatro: Ganivet y «Clarín» en el Teatro del Arte*, en “Faro”, I, n. 20, 5 julio 1908, p. 3.
109. Así, en relación a Joaquín Costa, se decía en un artículo: «Há tiempo que este escultor de pueblos intenta imprimir en el decaído barro civil de España los rasgos de la raza noble y grande, que antaño fueran suyos»; es decir, que aunque se reconocía un decaimiento de la raza, se afirma su grandeza pasada. En *Pan y gloria*, en “Faro”, I, n. 14, 24 mayo 1908, p. 1.
110. Se vean D. Pérez, *Nuestras colonias en saldo: Cómo hablan los hechos e Información política* ambos en “Faro”, I, n. 16, 7 junio 1908, pp. 1 y 5.
111. Sirvan de ejemplo D. Pérez, *La americanización de España*, en “Faro”, I, n. 21, 12 julio 1908, p. 1 y *El florón perdido. Principio de una política*, en “Faro”, I, n. 25, 9 agosto 1908, p. 1.
112. Álvaro de Albornoz decía: «hay en el fondo del alma nacional, del alma castiza, del alma netamente española, tal como se ha revelado a través de los siglos, aun bajo el despotismo de las dinastías extranjeras, el sentimiento de la soberanía nacional y de esa soberanía no puede menos de extenderse legítimamente á todos los hombres de la vida del Estado. Lo tradicional, lo castizo en España son las Cortes, y en el orden religioso, un sentido que no quiero calificar y que, como hemos visto, se manifiesta en todas las juntas del reino habidas desde el siglo XI, hasta que el despotismo extranjero mata todo germe de independencia en el país. Ahora bien; siendo ello así, siendo eso en España lo castizo, lo tradicional, ;cómo es posible que haya en la sociedad española elementos que, representando todo lo contrario, representando el absolutismo político y no ya la teocracia, sino el monaquismo, se llamen nada menos que tradicionalistas, precisamente tradicionalistas?». En Á. de Albornoz, *Tradición y tradicionalismo*, en “Faro”, I, n. 8, 12 abril 1908, p. 2.
113. *Nuestro gran centenario*, en “Faro”, I, n. 11, 3 mayo 1908, p. 1.
114. E. Díez-Canedo, *El poeta civil*, en “Faro”, I, n. 17, 14 junio 1908, p. 2.

115. C. Román, *Menudencias históricas: Una página de Weyler*, en “Faro”, I, n. 19, 28 junio 1908, p. 4.
116. L. Bello, *La Revolución del 68. ¡Aceptemos nuestra historia!*, en “Faro”, I, n. 30, 13 septiembre 1908, p. 1.
117. «Yo quisiera [decía] que FARO, plantel de juventud y patria, fuese el iniciador de esta obra de reivindicación, de honor y de justicia. Garcilaso y Zorrilla son dos «faros», los más radiantemente luminosos, de la poesía castellana. [...] Prensa, Ateneo, Universidades, Cortes, Gobierno, cuanto represente alguna influencia social, tiene el deber de oírnos y atendernos. No es éste un simple caso de reparación; es un caso de honor para la patria. El mismo Ejército ha de estimarlo caso de conciencia; porque, como usted sabe, Garcilaso glorificó nuestras banderas, muriendo, como buen soldado, en la batalla...». En C. de Castro, *Los poetas: Por Garcilaso y por Zorrilla*, en “Faro”, I, n. 20, 5 julio 1908, p. 2.
118. *Por Garcilaso y por Zorrilla*, en “Faro”, I, n. 21, 12 julio 1908, p. 1.
119. Sobre la interpretación de la obra del Greco como expresión del carácter nacional español se vea I. Fox, *La invención de España*, Cátedra, Madrid 1997, pp. 158-62.
120. J. R. Mélida, *El arte antiguo y el arte moderno en España* y C. Román, *Menudencias históricas: Quevedo y el Municipio* ambos en “Faro”, I, n. 23, 26 julio 1908, pp. 1 y 4.
121. M. de Unamuno, *Por el Estado á la cultura. Clasicismo del Estado y romanticismo de la región*, en “Faro”, I, n. 5, 22 marzo 1908, pp. 1-2.
122. A. Ballesteros, *Cambó profesor de Historia*, en “Faro”, I, n. 6, 29 marzo 1908, p. 1.
123. A. Ballesteros, *Aragón y Cataluña (Réplica a un artículo)*, en “Faro”, I, n. 11, 3 mayo 1908, p. 2.
124. B. Rengifo y Tercero, *Artículo comentado*, en “Faro”, I, n. 29, 6 septiembre 1908, p. 1.
125. Tomás de Elorrieta y Artaza, *La cuestión regional y la autonomía*, en “Faro”, I, n. 30, 13 septiembre 1908, pp. 1-2.
126. L. Palacios, *Revista de educación: El presupuesto de cultura*, en “Faro”, I, n. 11, 3 mayo 1908, pp. 2-3.
127. *Información política*, en “Faro”, I, n. 16, 7 junio 1908, pp. 4-5.

